

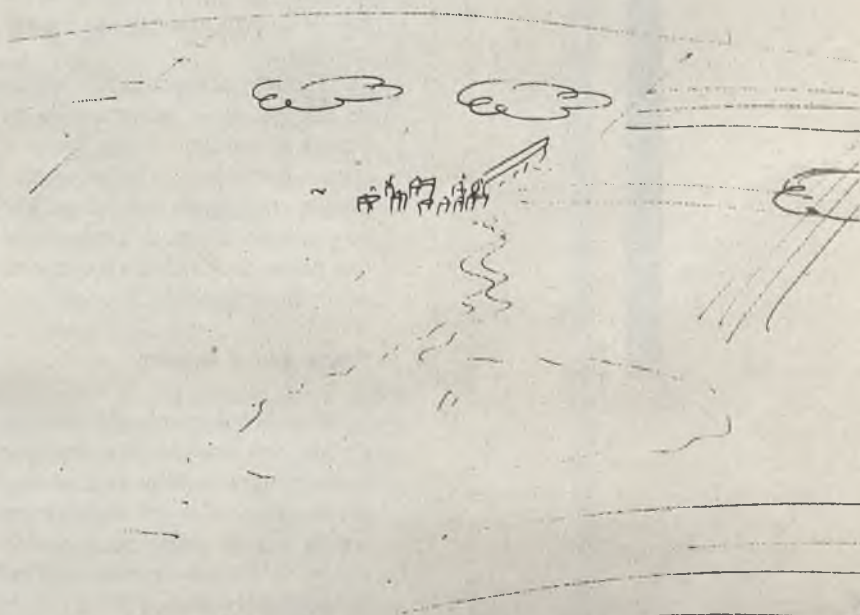
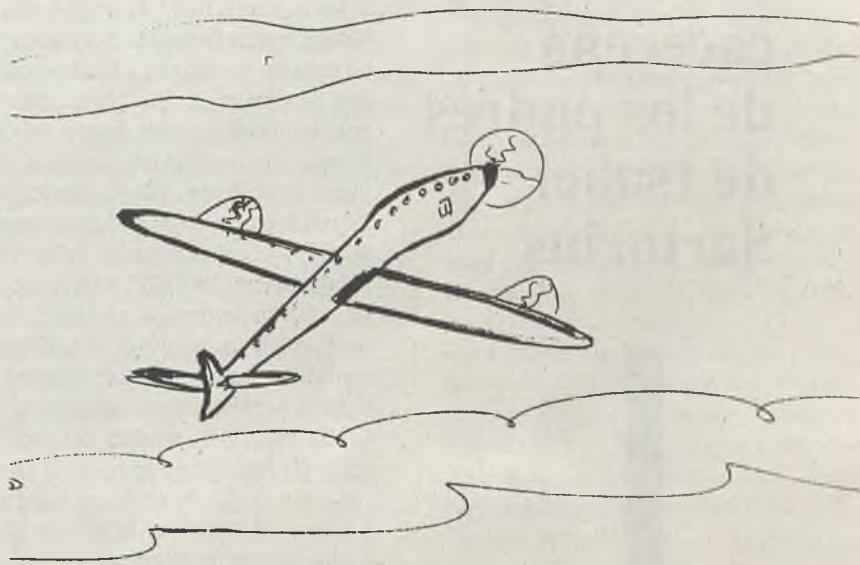
- En la ciudad de Como, nuestro hombre se instala en una casa de pensión. Como ves -apuntó Edmundo - el rancio abolengo de los Capellos, se diluye ahora por una triste y anónima casa de huéspedes.

- ¿Claudio Capello, era el último de la saga? - preguntó Corbalán.

- No. Tenía un hermano mayor, Alberto, un prominente ingeniero afincado en París. Eran como la noche y el día. Alberto Capello colaboró con la resistencia francesa y fue un apasionado defensor de los ideales democráticos. Alberto Capello era descendiente de aquel Giovanni pero había bajado en la escala social. Alberto era un acomodado burgués, tolerante y edulcorado. Muchas de sus propiedades fueron confiscadas por los nacionalistas italianos que lucharon por la unificación. Alberto se casó con una modesta parisina de la que tuvo cinco hijos. El menor de ellos es el elegido por los dioses para pasarme a mí el testigo familiar, el croquis de la tumba de Tibi...

- ¡Pero si el plano lo tenía, ese, ese...Claudio; ¿Cómo pasó a manos de Alberto? ¿El Capello fascista no tuvo hijos? - Corbalán aturdió a su amigo con un aluvión de preguntas.

- Tranquilo, chico, todo a su debido tiempo, ya estoy terminando. Y prosiguió: Claudio escapó a Como y malvivió durante varios años. Harto de su situación no tuvo más remedio que desembarazarse del papiro. Así que viajó a Ginebra en busca de un conocido anticuario. Por supuesto, Capello, desconocía el verdadero significado del croquis, confiaba sólo en su valor estrictamente arqueológico y "antiguo". Claudio Capello vendió el plano a un tal Zimmer por 150.000 dólares en 1956. Una cifra muy elevada que no se paga alegremente a menos que lo que se compra valga muchas veces, muchas veces ese precio.



(Continuará)